

PLUMA Y LAPIZ



NÚM. 96

CAER EN LA RED

Ó LA DAMA DE LOS PELOS AURÍFEROS

TRAGEDIA ESPELUZNANTE EN DOS CUADROS, DOS ESCENAS Y CON DOS PERSONAJES

(TODO A PARES).

CUADRO I

(Pasillo de un hotel de pueblo.— Habitaciones numeradas. — A la puerta de la número 9 unas botinas, al parecer, de señora, aunque bastante deterioradas.



—El huésped del 8, con una palmatoria en una mano, con una vela en la palmatoria y con una mecha en la vela. La otra mano en la frente, para que se vea que piensa hondo. Encamínase á su cuarto, pero se detiene ante el 9, y dice lo que sigue, sin quitar ni poner):

ESCENA ÚNICA

(El huésped del 8, solito). — ¡Córcholis! Ya se ha acostado esa mujer que me enloquece... la que llegó anoche á las once y tres, procedente de Villacamellos.

¡Qué cabello el suyo! Cabello de hada espiritual... cabello de ángel... Al pensar en él me relamo de gusto. Rubio, dorado... ¡ah! ese pelo es mi ilusión, mi vida, mi encanto... Por esa mujer lo daría yo todo, todo... mis bienes, mis haciendas... mi fortuna, si algún día llego á tener esas cosas.

¿Será tan bonita como á mí me parece? Indudablemente. ¿Y cuál será su estado? ¡Qué tontería! Viuda... viuda completamente.

Porque si fuera soltera no andaría sola por el mundo una cosa tan delicada, tan frágil y tan expuesta. Siendo casada... ¿qué marido, vamos á ver, por cercano que sea, es capaz de abandonar, ni por un milímetro de segundo, á ese serafín?

¡Yo he de amarla, vaya! Y ella me ha de amar. Pongamos los medios...

A ver por el ojo de la llave... Nada; la habitación está á oscuras. Oigamos... ronca... ¡qué ronquidos tan sonoros, tan armoniosos y tan... fuertes. ¡Ay, ídolo mío! Si supieras que está velando tu castísimo sueño un hombre enamorado de ti, guapo y buen mozo, aunque mal me esté decirlo... Un ser soltero, libre como los gorriones, educado á la alta escuela y tan solicitado que anida en esta aldea, huyendo del mundanal ruido, siquier que de una mujer que le persigue y de varios ingleses que le buscan...

¡Ea, valor! Recurramos al expediente heroico. Silencio completo... nadie... Atrevimiento y misterio... ¡Allá val! Esta peseta columnaria, y hasta falsa, para el camarero que limpia el calzado... y esta cartita cerrada, para ella. Todo en la misma botina...

Y ahora, á dormir, y á soñar con ella. (*Vase de puntillas*).

CUADRO II

ESCENA ÚNICA

(El mismo, en su lecho, y una señora rubia que entra jadeante.)

Ella (*aproximándose á él*) ¡Sempronio! ¿Conque me quieres? Acaban de entregarme las botas. ¡Qué delicioso despertarlo! ¿Conque venías en pos de mí? ¡Ah! Si parece que me han quitado treinta y dos años de encima... ¡qué bien he hecho en comprarme esta peluca rubia con rizos á lo cabra de Angora! Y qué bien me sienta, ¿verdad? ¡Picarón! Con cuánto calor me hablas de ella en tu billete perfumado con humo de tabaco. Aquí me tienes! Tuya soy; nadie me arrancará de tu lado. Tuya, por siempre jamás amén.

El (*con los ojos fuera de sus órbitas*). ¡Cucufatal! ¡Vieja verde, caracterizada y estucada de nuevo! ¿Conque era usted? Usted... la mujer de quien huyo... con la cabeza transformada... ¡Vete, fenómeno! ¡Váyase usted, ó soy capaz hasta de desmayarme.

Ella. — ¿Pero me has engañado? ¿Pero el amor que me pintabas en tu escrito, era falso como el anillo que llevas en el meñique?

¡Furor! yo sí que de buena gana me desmayaría...

Pero no quiero... para que rabies.

Dices en tu carta que deseas un recuerdo mio (se quita la peluca y se la arroja á él á la faz).

¡Tómalol! ¡Para tí! ¡Allá va eso!

Y ahora voy á darte otro recuerdito... y un recorrido (se despoja de una bota).

¿Lo ves bien? El buzón de tu carta... ¿lo conoces?

Pues... ¡toma, alevel (le da con ella multitud de sonoros golpes; hasta desgastar la suela. Sempronio, al contemplar aquel horrible monstruo, da las boqueadas, se estira y muere de miedo. La heroína triunfante tira la bota al aire y chilla mirando el cadáver).

¡Te he dado fin con las armas de tu ilusión. Has despreciado á una doncella teñida y ella se ha vengado.

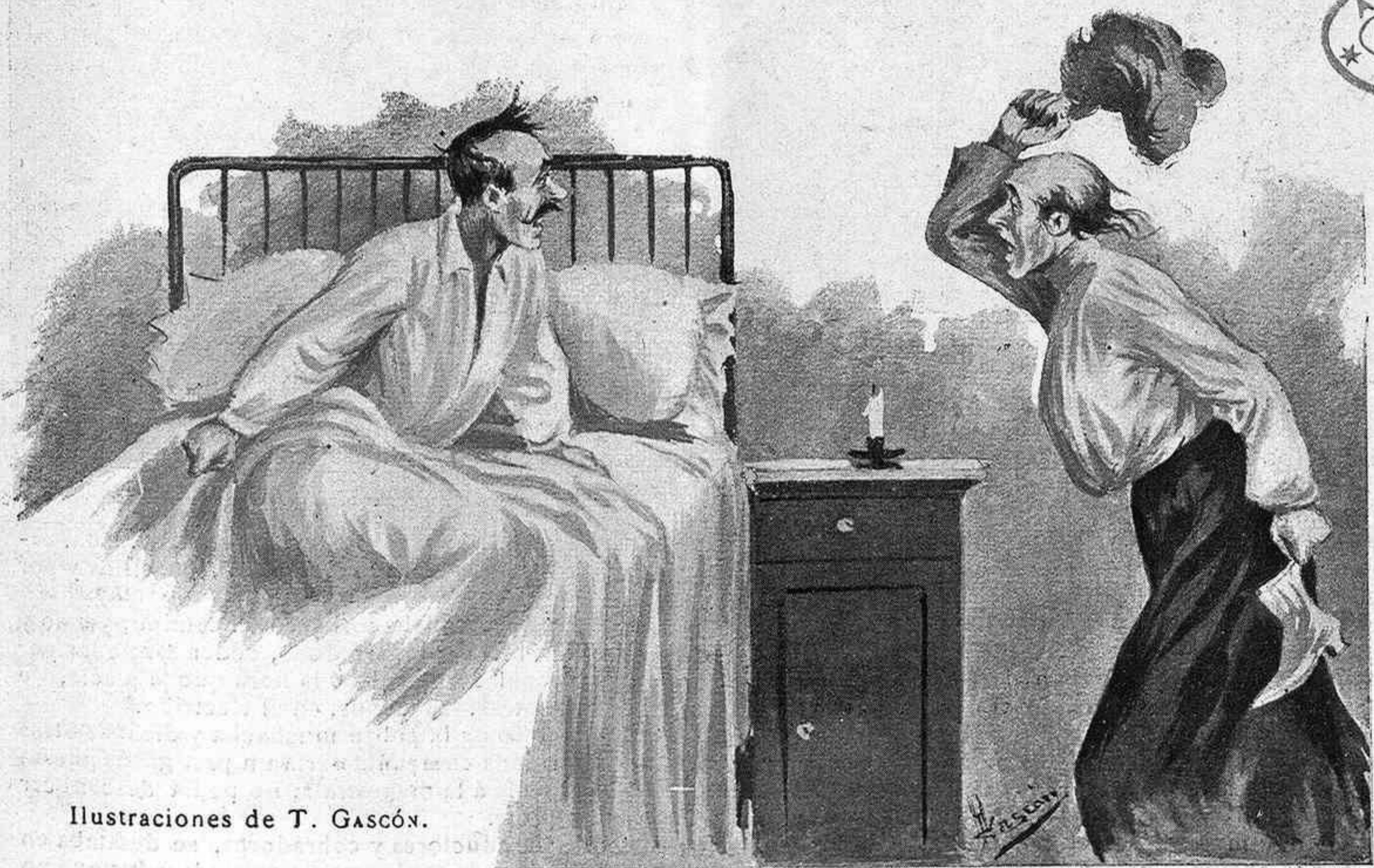
Ahora ya sé yo lo que tengo que hacer. Ingresar en un convento ó volverme loca. Creo que sí, que la costumbre es esa en estos casos... Pero si soy casi una anciana... Prefiero exhalar aquí el postrimer suspiro... Sí, que nos encierre la misma tumba fría.

Decididamente, voy á entrar ahora mismo en la agonía.

(Se tira al suelo, hace muecas muy expresivas, y es de esperar que fenezca... un día ú otro.

(Telón lento).

JULIO VÍCTOR TOMEY



Ilustraciones de T. GASCÓN.

ATENEU DE
BIBLIOTECA
MADRID

AÑORANZA

Yo soy el pobre ausente que de mi patria lejos
la fiebre de otras tierras me abrasa el corazón;
yo siento la nostalgia de los amores viejos,
las brisas de otras playas, de otro sol los reflejos
y lloro por los seres que quise con pasión.

Yo soy aquél que llora la patria abandonada,
yo siento la añoranza del pueblo en que nació,
las nubes yo contemplo que allá por la alborada
empuja el airecillo y, en nítida bandada,
con vuelos de gaviota se corren hacia allí.

Yo aspiro los aromas que flotan en el viento
cuando de aquellas costas las aguas azotó;
si cantan en mi tierra, yo las canciones siento;
las olas me las dicen, que en rudo movimiento
se estrellan en las rocas que el tiempo desgastó.

Recuerdo al campanario que al pie de la montaña
se alzaba en el espacio, llamando á la oración;
recuerdo el pueblecillo que en un rincón de España

y envuelto entre verdores el mar latino baña,
como recuerdos tristes que guarda el corazón.

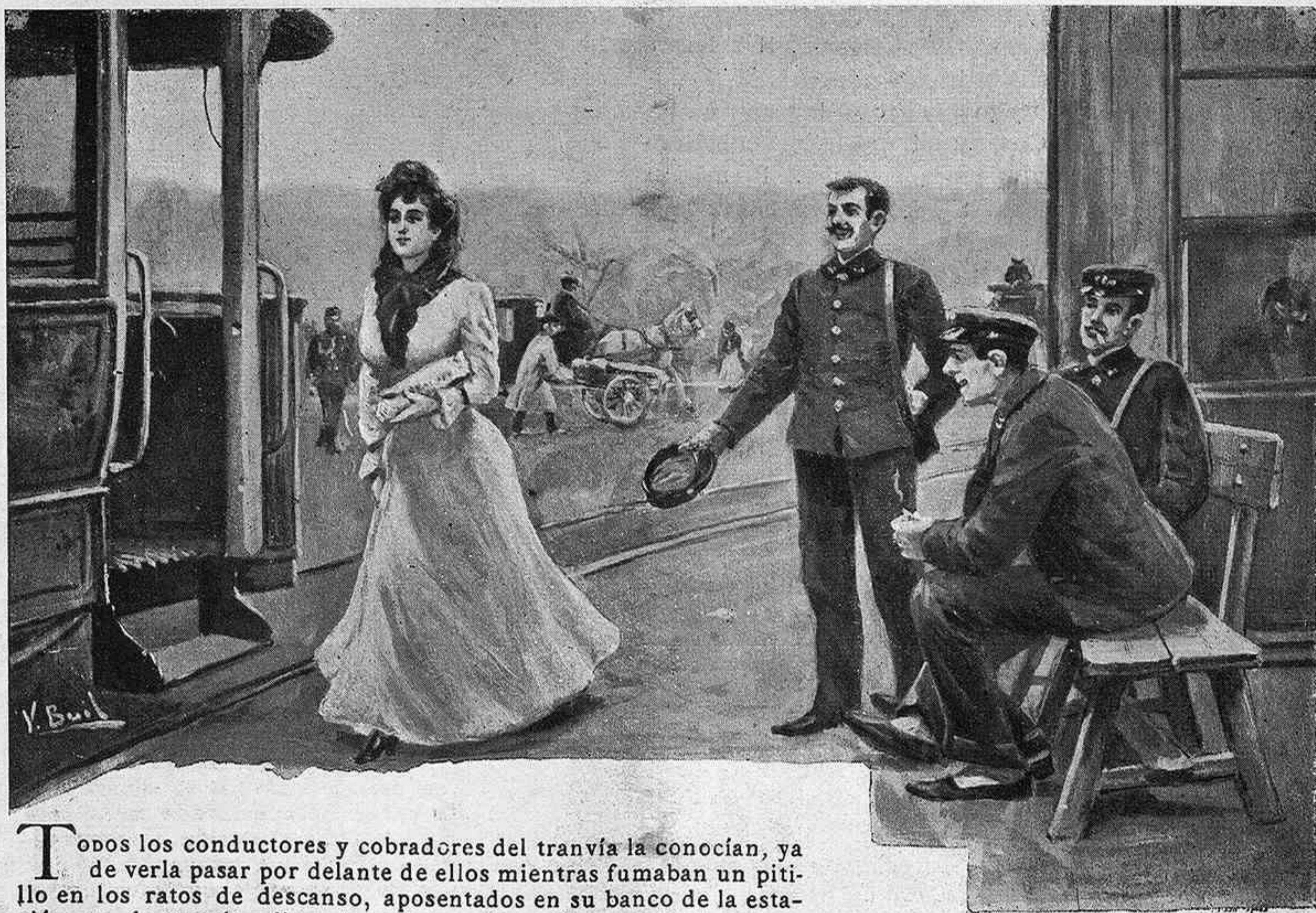
Las costas azuladas, las casas blanquecinas,
cual banda de palomas dispuestas á volar,
el sol no oculto nunca por pálidas neblinas,
las tristes gaviotas, las pardas golondrinas
que, describiendo curvas, se alejan sobre el mar.

Los ecos de la tarde que vienen de la sierra;
de la estrellada bóveda el pálido fulgor;
los ruidos de la noche, que tiene allá mi tierra;
recuerdos de otro tiempo que con misterio encierra
como perpetuo idilio una canción de amor...

Por eso, porque lejos estoy y en una tierra extraña,
cuando al caer la tarde se llama á la oración,
recuerdo el pueblecillo que en un rincón de España
y envuelto entre verdores el mar latino baña,
como recuerdos tristes que guarda el corazón.

JUAN PUJOL MARTÍNEZ

EL PASE DEL TRANVÍA



Todos los conductores y cobradores del tranvía la conocían, ya de verla pasar por delante de ellos mientras fumaban un pitillo en los ratos de descanso, aposentados en su banco de la estación, ya de traerla y llevarla en los coches. Siempre iba á escape, á toda carrera, sin volver la cabeza, volando, propiamente volando, porque con la velocidad la mantilla y la capa le ondeaban como si fueran dos alas. Era alta, delgada, esbelta y bonita. El paquete mal hecho con un periódico y terciado sobre su brazo revelaba las tenacillas y por ende su profesión de peinadora.

Desde la primera hora de la mañana veía ella ir y venir sin descanso. Andaba mil veces el camino, yendo y viniendo ante las exigencias de la parroquia. Su ideal capilar hubiera sido, sin duda, poder escalonar por calles las abonadas para no desandar lo andado, pero como cada cual se peinaba á la hora que la placía, de aquí las carreras tendidas por el barrio, unas veces, las más, á pie y otras, las menos, en el eléctrico.

En el banco de los pitillos habíase comentado mil veces el ajeteo de la pobre muchacha y díchose otras mil, cuando ella pasaba á tiro de piropo, que bien podía el director de la compañía darla un pase gratis puesto que peinaba á su señora. La alta dama no podía ignorar lo que acontecía á la menestrala, no podía desconocer sus afanes al verla llegar jadeante y roja, contando siempre los minutos.

Con tal motivo, el banco en masa, con el coro de los restantes conductores y cobradores, se desataba en dicitos contra el director, no ya como testigos de la brega de la peinadora sino como subordinados que no pierden ocasión de clavar á un jefe por el humano instinto de la indisciplina. ¡Qué le costaba á la empresa un pase más, tan justificado con la honrada chiquilla, disfrutándolo, en cambio, más de cuatro señorones de buena



cadena de reloj! ¡En cambio, á la infeliz le significaba la vida, el bienestar y el tiempo, el tiempo sobre todo para poder rizar á medio mundo!

Había entre los cobradores un guapo mozo que desde luego gustó de la muchacha, comenzando, con fortuna, á cortejarla. La peinadora volaba en el cumplimiento de su oficio, pero no era un ave fría y la pasión del galanteador encontró eco y calor en el corazón de la viva chica. El primer efecto de aquellos amores fué para ella ir un poco más en el tranvía. A pesar de inspectores y corriendo el riesgo de una multa ó del despido, no la cobraba su novio el coche. La ganga duró poco. El cobrador fué destinado á otro trayecto, el de la transversal, y no cupo ya la finamerced, tornando la peinadora á pagarse su billete cada vez que subía al eléctrico, sacrificio más penoso que antes después de conocer las delicias de viajar gratis.

Un medio hubiera habido de conseguir el suspirado pase. El director, un inglés reventando de orondo, con las mejillas como dos tomates, se hacía lenguas de las españolas, menuditas pero de fuego, una chispa viviente, según decía mister. El banco de los pitillos, el congreso pleno de cobradores y conductores se lo dijeron un día á la muchacha, entre bestiales risas:

—¡Porque eres tonta! Yo en tu lugar...

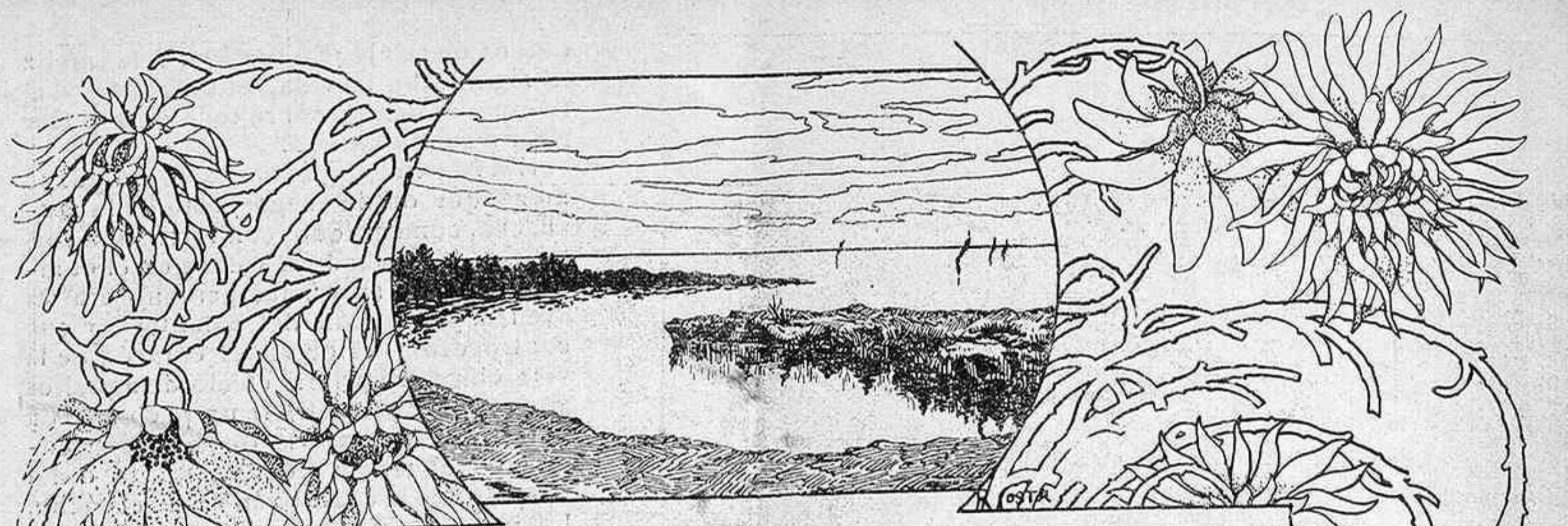
* * *

Una mañana la peinadora subió al eléctrico, y cuando el cobrador fué á presentarle el billete, sacó del bolsillo el pase. A la vista de la cartulina el empleado se sonrió, dándole la enhorabuena. A la media hora la estación entera, y quizás todo el barrio, sabía el triunfo de las tenacillas. Un compañero se lo contó al novio. La sonrisa del que primero descubrió el obsequio pareció haberse transmitido á todo el mundo, todo el mundo sonreía al dar la noticia. Era llegada la ocasión de que el banco de los pitillos, de que el cónclave de cobradores y conductores de la estación, entonase un himno en pro de la magnanimidad del director de la compañía compadeciéndose de la pobre niña; pero, con profunda sorpresa de la muchacha, conductores y cobradores, los mismos que la habían hecho alguna insinuación maliciosa, comenzaron á despreciarla, á tratarla con grosería, á dirigirla indirectas sangrientas, hasta que el novio, en un día de celos, también la remitió la injuria común:

—¡Sabe Dios por qué el director, que no suelta un pase ni al lucero del alba, te habrá dado ese á ti!

La réplica fué instantánea. La peinadora se echó á llorar de indignación y, roja como una grana, sacando el pase del bolsillo lo rompió en mil pedazos; aquel pase que significaba para ella la vida, los segundos de descanso, después de subir cientos de escaleras. Y tornó á comenzar su martirio, sin acabar de convencer á sus verdugos. ¡Oh, los hombres!

ALFONSO PÉREZ NIEVA



LA CASA DEL PESCADOR

(Al eximio poeta don Juan Arzadun).

Blanca y bella es la casita
que le sirve de morada;
sobre la roca situada
y en la ribera del mar,
asemeja en lontananza
gaviota de albo plumaje,
que cansada de su viaje
se detuvo á reposar.

Allí, la música inculta
que al destrozarse en la roca
despide la ingente boca
de ese elemento fatal,
la arrulla en noches eternas
cual lastimero quejido,
y el penetrante silbido
del fragoso vendabal.

De allí, al despuntar el alba,
diariamente á sus labores
y burlando los rigores
de la horrible inmensidad,
el pescador, mar adentro,
marchaba siempre animoso
dando cara al temeroso
bramar de la tempestad.

Que mil veces y mil veces,
impelido por el viento,
el proceloso elemento
surcó el ligero bajel;
salvando, del marinero
con las hábiles maniobras,
los riesgos y las zozobras
con que le brindaba aquél.

Pero un día... ¡día aciago!
que cantando en la barquilla
alejóse de la orilla
el anciano pescador,
alzóse súbitamente
el huracán más funesto;
y á su golpe recio, presto
y á su bárbaro furor,
la liviana navecilla
ante la mar levantada
quedó al punto destrozada;
y sin poder forcejar
contra la fiera borrasca,
se hundió en el abismo ignoto,
¡arrastrando á su piloto
encanecido en la mar!

¡Salió á pescar! ¡Cuánto dura

su navegación postrera!
¡Con qué ansiedad se le espera
en su casa al pescador!
—¡Quién sabe, acaso arribará!—
—¡Quizás pronto volverá!—
Y así están día tras día
con angustioso temor.

Y aunque del mar la braveza
y la violencia del viento
destruyeran un momento
aquel desdichado sér,
no pueden desengañarse
de la espantosa tardanza:
¡aún sueñan con la esperanza
de que han de volverle á ver!

¡Infelices! Y aquel resto
de la barca, que algún día
arrojó con saña impía
en el límpido arenal,
¿no os convence, si ello solo
delataba claramente
la traición del inclemente
fiero piélagos letal?

¡Infelices! Ya no reina
en vuestra pobre morada,
aquella vida animada
de que gozábais ayer:
de las dichas ya pasadas
el bajel ha sido el nido,
y al mismo tiempo se han ido
para nunca más volver!

Y la salvaje armonía
de las olas sucedientes,
y los rugidos ingentes
y el continuado silbar,
de arrullos que fueron antes
se tornaron en injuria
con que deshace su furia
el embravecido mar.

Que sublevando en su seno
rebulle con són horrendo,
del navegante el tremendo,
insaciable vencedor;
y dos veces en la costa
explayando cada día
¡parece que desafía
la casa del pescador!

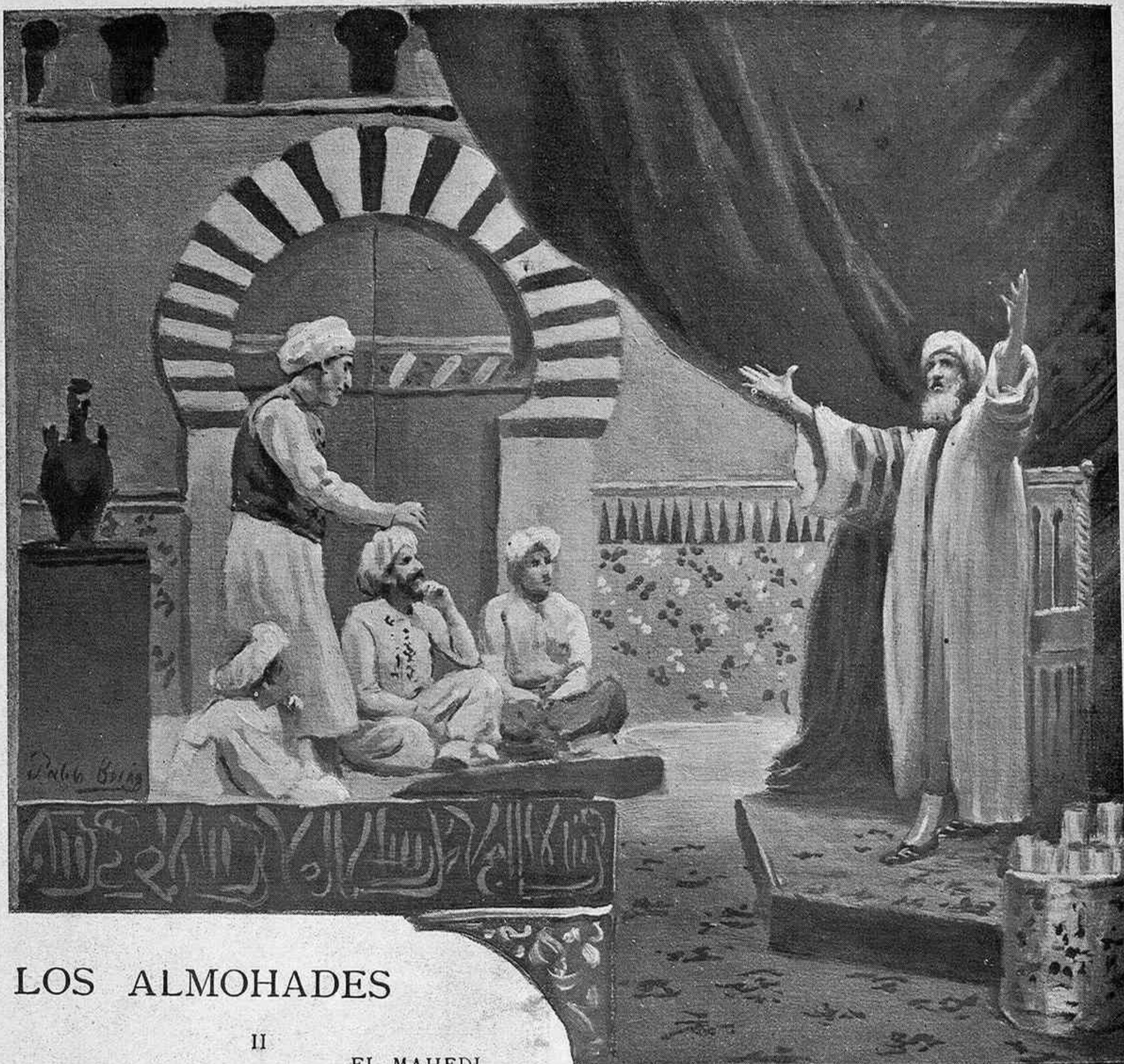
VICTORIO DE ANASAGASTI

Zacatecas (Méjico).

Dibujo de R. COSTA.



EMBELESO MATERNAL. — Cuadro de FIED MORGAN.



LOS ALMOHADES

II

EL MAHEDI

ENCONTRAMOS de nuevo al joven Abdallah en una de las escuelas públicas de Bagdad, en la que por vez primera entrara y en la cual un anciano de larga barba blanca y venerable semblante predicaba al poco numeroso público, nueve ó diez personas á lo más, sus doctrinas. Llamó la atención del anciano la presencia del nuevo oyente, que por su vestir y maneras denotaba ser de lejanos países; continuó, sin embargo, su peroración, dejando para más tarde el interrogarle. Admirado estaba Abdallah con lo que iba oyendo y más aumentaba su admiración cuanto más analogía encontraba entre las ideas allí expuestas y las que le habían inducido á abandonar su patria y familia. Una idea bulle en su mente que, alegrándole el corazón, le hace prorrumpir en un grito tal que todos vuelven la cabeza é interrumpe su discurso el que hablaba, para interrogarle en la siguiente forma:

—¿Quién eres tú, joven, cuyo traje me indica no perteneces á este pueblo? ¿cuál es tu país? ¿qué buscas aquí y por qué me interrumpes?

—Permíteme — dijo Abdallah — que antes de contestar á tus preguntas te haga yo una. ¿Eres tú, por ventura, uno de los sabios filósofos de la escuela del nunca bastante alabado y bendecido Abu-Hamed-Algazalí?

—El mismo Algazalí soy; ahora responde tú.

—Soy, señor, de las tierras de Occidente; nací en la bella ciudad de Córdoba, en cuya aljama desempeña mi padre el cargo de encendedor, y me llamo Mohamed-Abu-Abdallah. La perversión de costumbres, el poco respeto á las leyes escritas de mis conciudadanos y la lectura de tu sabio libro, me han inducido á dejar mi anciano padre y venir á Bagdad en busca del remedio para mi patria; ya ves, oh Algazalí, cuán justo motivo he tenido para lanzar aquel grito de gozo al reconocerte por tus doctrinas. Cumplido está el primero de mis anhelos, esto es, encontrarte. De ti depende que alcance el segundo, admitiéndome en el número de tus iniciados discípulos, para que mi felicidad sea completa.

—En poco estribas tu felicidad por ser tan joven, oh Mohamed; pero antes de dar una contestación ó satisfacción á mis deseos, dime: por lo que de decir acabas, bien veo que has leído mi libro *Del renacimiento de las ciencias y de las leyes*, ya que su lectura te ha inducido á buscarme; ¿es en tu país de todos conocido? ¿qué dicen de él? ¿cómo ha sido juzgado?

—Tu libro, sabio doctor, — contestó Mohamed, — ha sido conderado al fuego por la academia de Córdoba,

como contrario á las leyes del Profeta, y esta sentencia no sólo ha sido confirmada por Alí sino que ha mandado quemar cuantos ejemplares de él existan en España y también en Marruecos, Fez y todos sus Estados, amenazando con el tormento á los que no obedecieran su mandato.

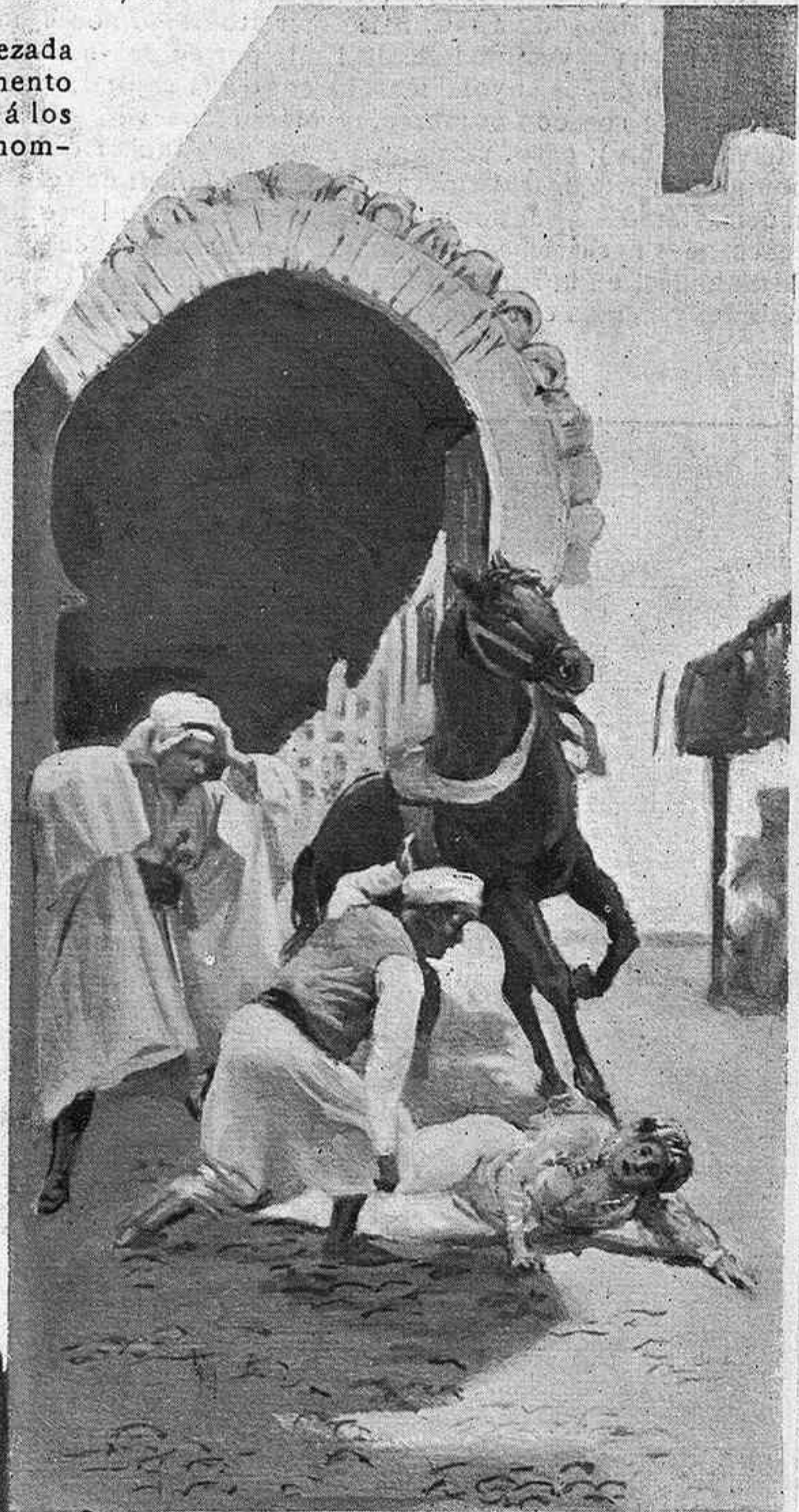
Al oír esto, álzase Algazalí pálido de emoción y, con los brazos alzados al cielo, exclama con voz entrecortada: — «Destruye Allah el imperio de este hombre orgulloso, como él ha destruído mi libro.»

—«Y sea yo, — contestó Abdallah, — oh ilustre maestro mío, el llamado á cumplir nuestros votos.»

—Así sea; pero como no quisiera morir sin ver empezada mi venganza, ruégote, oh hijo mío, que partas al momento con aquellos de mis discípulos que quieran seguirte, y á los que yo desde luego bendigo, como te bendigo á ti, al nombrarte mi sucesor; parte y lucha hasta vencer; yo entretanto rogaré día y noche á Allah para que continúe guiando tus pasos como hasta ahora. Adiós.

* * *

Partió, pues, Abdallah con varios de los discípulos de Algazalí, entre los cuales había un tal Abdelmumen (el servidor de Dios) al cual, desde luego, otorgó su confianza é inició en todos sus secretos. Llegado que hubo al Africa, empezó su predicación, no sólo con la palabra sino que también con el ejemplo. Muy pronto, y contando con gran número de adeptos, dejó á sus discípulos el cuidado de aquellas gentes y dirigióse sólo con su fiel Abdelmumen á Marruecos, residencia del Emperador. La corrupción de las costumbres ofrecióle abundante campo para sus predicaciones contra la desmoralización de los musulmanes. Pocos fueron al principio los que abrazaban sus doctrinas, por lo que creyó necesario realizar algún acto que hiciera atraer hacia él la atención general. Un día, cuando el pueblo estaba reunido en la gran mezquita para la oración, entró en ella con su discípulo y, produciendo general admiración y estupor, sentóse en la silla reservada al Emir. Adelantóse en el acto uno de los ministros mandándole que se bajara, á lo que contestó en alta voz, para que de todos fuese oído: «Los templos

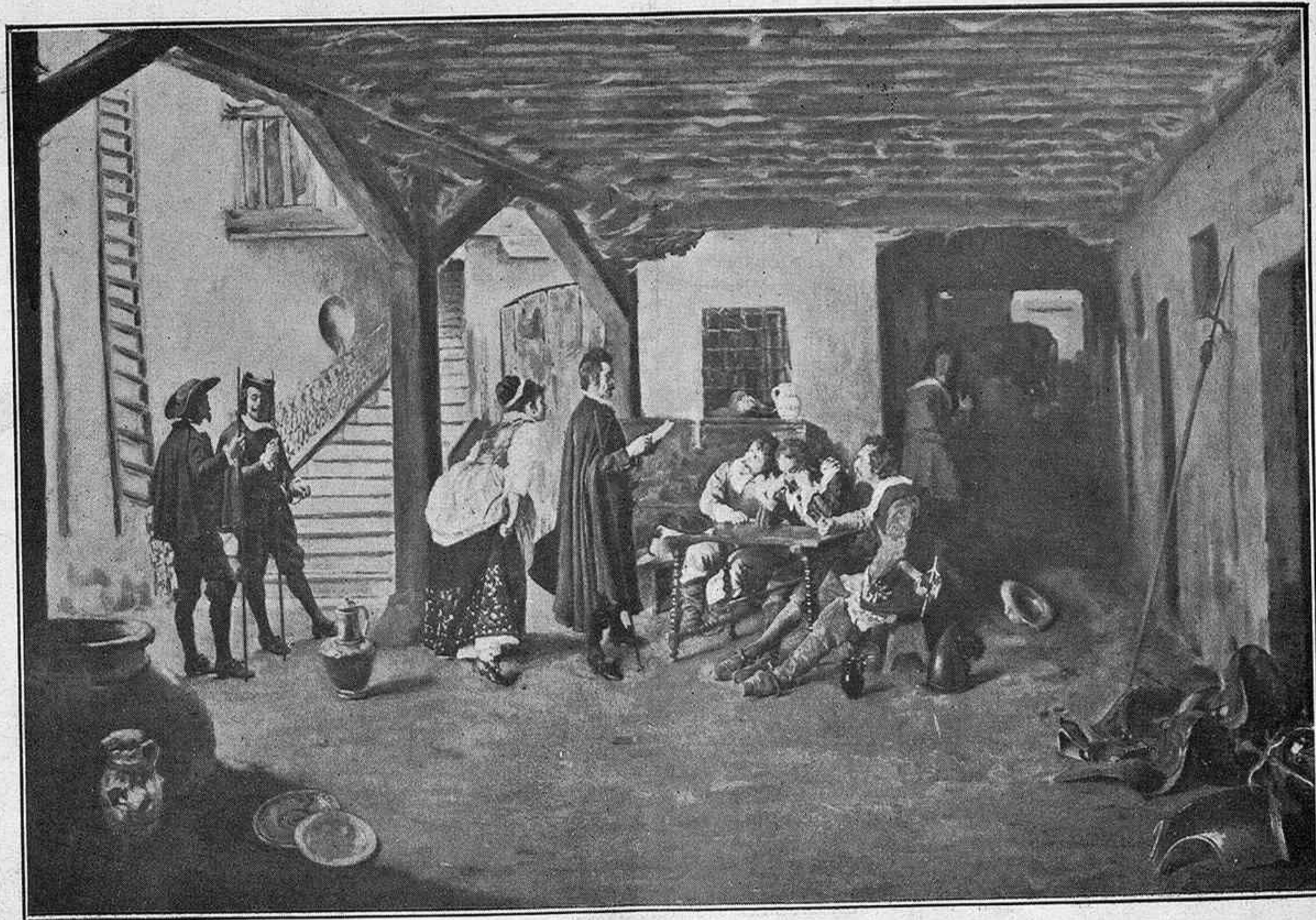


sólo á Allah pertenecen y en ellos no puede haber preferencias » Leyó un capítulo del Coran y, viendo que hacia la tribuna se dirigía el Emperador, encaróse con él y díjole: «Ten cuenta, oh poderoso Alí, de lo que haces para el remedio de los males de tu pueblo y contra los abusos de tu gobierno, porque Allah te pedirá cuenta de tus actos y del poder que te ha confiado; yo soy el *Mahedi* (el conductor), que he venido para avisarte, para decirte que si no oyes mi voz, tú y los tuyos seréis destruídos.» Asombrado Alí, no supo qué contestar y quedó dudando lo que haría, si prender al atrevido ó dejarle por loco; dando tiempo esta incertidumbre á Abdallah para escabullirse, satisfecho de haber alcanzado su objeto, pues lo sucedido dejó impresionado vivamente al pueblo entero, que desde aquel momento

concurrió en mucho mayor número á oír sus discursos. En otra ocasión, y mientras dirigía la voz al pueblo, acertó á pasar por allí la hermana del Emir, montada á caballo y con la cara descubierta, contra lo que sobre el tocado de las mujeres prescribe el Coran; interrumpe su plática el *Mahedi* y, dirigiéndose á la dama, la hace caer del caballo y abofetea su semblante, diciendo: «Allah lo manda.» Enterado de hecho tan escandaloso, manda el Emperador desterrar á Abdallah, no atreviéndose á prenderle por temor á una sublevación, pues eran ya muchos los partidarios del nuevo profeta.

Retírase éste de la ciudad, seguido de gran tropel de gente y dirígese á Timal donde se le reunen sus discípulos, llegando á reunir un ejército de 30,000 hombres: con él consigue derrotar por dos veces las fuerzas del Imperio y ser aclamado Emir por su gente. Acepta Abdallah el cargo y, aprovechando la ocasión del entusiasmo de los suyos, marcha contra la capital, encuentra y derrota á Alí que le había salido al encuentro al frente de 100,000 hombres, y Marruecos vese sitiado por los Almohades (nombre que se había dado al nuevo pueblo); pero, más aptos éstos para luchar en campo abierto que para asaltar ciudades, son, á su vez, completamente derrotados. Enfermo el *Mahedi* de resultas del sentimiento por la derrota sufrida y sintiéndose morir, llamó á Abdelmumen y, entregándole el libro de su fe, que él había recibido de Algazalí, dióle las instrucciones necesarias para hacerse nombrar su sucesor. Poco después murió el fundador de la dinastía de los Almohades, en la luna del Moharran del año 524 (Diciembre de 1129 de la era Cristiana). En el capítulo siguiente veremos cómo logró Abdelmumen ser nombrado Califa.

J. M. SERRA Y B.



Cuadro de P. FRANCÉS.

POR ORDEN DEL REY.

Fot. de J. Laurent y C.^a (Madrid).

LA ACTIVIDAD Y EL REPOSO (FACETA)

POR mí prospera el mundo; por mí van mejorando su condición los hombres.

—No te envanezcas, hermana. Si no fuera porque yo reparo sus fuerzas, no podrías tú someter los hombres á tu imperio.

—Sin mí no hubieran surcado los mares esos buques que llevan la vida de uno á otro continente; no surgieran del suelo esas maravillas de piedra que se llaman templos y palacios; no hubiese nacido la civilización y los hombres continuarían siendo esclavos de la naturaleza que, gracias á mí, han domado.

—Yo reparo todas las heridas que tú les inferes, yo hago que la esperanza de vivir en mi seno por toda una eternidad, temple la amargura que siente su espíritu, que tú laceras.

—Pero tú no produces como yo, tú no creas como yo creo; tú destruyes, gracias á tu inercia embrutecedora.

A tal punto llegaban de su discusión, la Actividad y el Reposo, cuando terció en la contienda la Inteligencia, que dijo así:

—Haya paz. Ambos tenéis razón y á los dos os falta por completo. Es que en vuestra vanidad no comprendéis que una y otro os completáis mutuamente. Sin ti, Actividad, la Muerte reinaría sobre la tierra; pero á no ser por ti, tranquilo Reposo, la Actividad no podría vivir.

Los dos enemigos se reconciliaron, y desde entonces, marchan siempre uno en pos de otro. ***



1.—El pulso está normal. A ver. Saque usted la lengua.



2.—Le puso usted el sinapismo ¿eh? Ha dado un resultado maravilloso.



3.—¿Qué opina usted, don Aniceto?

—Esté usted tranquila, le tenemos ya en convalecencia.



4.—Pero... Felipe ¿qué haces ahí con la lengua fuera?... ¡no me contestas!... ¡qué horror! A ver si alcanzo aún al médico...



5.—¡Por Dios, don Aniceto! está con una lengua de á palmo y no habla...



6.—¿Pero qué es eso? ¡Meta usted esa lengua, majadero!



7.—¡Rediez! Ya podía usted habérmelo dicho antes de marcharse.





LITOGRAFIA VOYEN
DI LUIGI SIMONDETTI
TORINO

Gennaio			Febbraio			Marzo			Aprile			Maggio			Giugno			Luglio			Agosto			Settembre			Ottobre			Novembre			Dicembre																										
1. Circoncisione	2. Epifania	3. Epifania	4. Epifania	5. Epifania	6. Epifania	7. Epifania	8. Epifania	9. Epifania	10. Epifania	11. Epifania	12. Epifania	13. Epifania	14. Epifania	15. Epifania	16. Epifania	17. Epifania	18. Epifania	19. Epifania	20. Epifania	21. Epifania	22. Epifania	23. Epifania	24. Epifania	25. Epifania	26. Epifania	27. Epifania	28. Epifania	29. Epifania	30. Epifania	1. Epifania	2. Epifania	3. Epifania	4. Epifania	5. Epifania	6. Epifania	7. Epifania	8. Epifania	9. Epifania	10. Epifania	11. Epifania	12. Epifania	13. Epifania	14. Epifania	15. Epifania	16. Epifania	17. Epifania	18. Epifania	19. Epifania	20. Epifania	21. Epifania	22. Epifania	23. Epifania	24. Epifania	25. Epifania	26. Epifania	27. Epifania	28. Epifania	29. Epifania	30. Epifania

(c) Ministerio de Cultura 2006